

sea más que aquel donde el tiranuelo madruga todos los días á comulgar; donde los ministros de Estado, los generales del ejército se postran como viles ante un fantasma tras cuyo hábito se está riendo Satanás; donde á los habitantes les prohíben salir de noche en las ciudades; donde comisan los esbirros y destruyen los instrumentos de música, esta amable civilizadora de los pueblos; donde el amor, siquiera inocente y justamente interesado, tiene mil espías que le entregan al verdugo; donde la verdad es imposible, porque la hipocresía es la premiada; donde el valor se extingue con los nobles sentimientos del ánimo; donde la charretera, la mitra, la toga están sujetas al azote; donde una barbarie infame, cual excrecencia pútrida, ha brotado en el bello cuerpo de la civilización americana con síntomas de incurable. ¿Qué decís de un pueblo donde se arrastra por las canas á un anciano prócer de la independencia, un general envejecido en la guerra de la libertad; se le echa en el suelo y se le azota? ¿qué decís de un pueblo donde los militares sostienen á capa y espada al hombre que los prostituye, los envilece, los enloda azotándoles sus generales? ¡Y esos miserables cargan charretera! ¡Y esos cobardes ciñen espada! Soldados sin pundonor, son bandidos que están echados al saqueo perpetuo en la nación: soldados sin valor ni vergüenza, son verdugos que gozan de buena renta, y nada más. El valor, el punto militar en el soldado: sin estas prendas, los que así se llaman son la canalla, son la lepra de la asociación civil. ¿Qué decís, qué decís de un pueblo donde la revolución ha venido á ser imposible, por falta de ambición en los militares? Digo ambición, porque justicia, patriotismo, amor á la libertad son virtudes enterradas en el cieno ha muchos años. Mas

la ambición que suele animar hasta á los pequeños; la ambición, vicio ó virtud inherente en Sud América á la clase militar; la ambición, que así como á las veces estraga el orden justo y bien establecido, salva otras la república derribando á los tiranos; la ambición, pues ni la ambición halla cabida en el pecho de esos militares. ¡ Militares! ¿qué ambición en el del esbirro? ¿qué ambición en el del verdugo? La sogá es su arma, el patíbulo el altar donde piden á su dios por sus semejantes: que comer, que beber, honra y gloria de esos héroes. Incapacidad, no tanto; vergüenza los retrae; tienen la virtud de la vergüenza, ¡ellos! Temen que en el palacio, si por descuido vuelven la espalda, el cuerpo diplomático les descubra tras la casaca las cicatrices, las huellas largas y coloradas del azote. ¿Cómo han de ser ambiciosos? basta con que sean codiciosos: el dinero su profesión, el sueldo su honra, la servidumbre su deber. ¡Y cargan charretera, y ciñen espada los felones! « Venid, general Petitt, que yo abraze en vos á todo el ejército ». Abrazando al general, abraza uno al ejército; azotando al general, azota al ejército. ¿Qué decís de soldados, de oficiales que azotan á su general de orden de un despreciable leguleyo, y se confiesan y comulgan porque éste se lo manda? ¡Y cargan charretera, y ciñen espada esos carirafidos, cuando la escoba se deshonraría en sus manos! Si alguno siente encendérsele el rostro á estas palabras, no de ira, no de venganza, mas antes de vergüenza, le pongo fuera de mis recriminaciones, las cuales no se dirigen á los buenos sino á los malos, no á los hombres de pundonor sino á los infames. Nunca es tarde para el bien, amigos, y siempre es tiempo oportuno para recomendarnos á nuestros semejantes con acciones dignas de memoria.

Ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica presta para la felicidad de las naciones; de la hipocresía, ¿qué diremos? ¿Qué de impiedades atrás de la falsa devoción! ¿qué de mentiras en el seno de la verdad simulada! ¿qué de pecados, qué de delitos, qué de crímenes debajo del sórdido manto de las virtudes fingidas! ¿Cuál es el peor enemigo de los pueblos? El fanatismo. ¿Cuál es el peor de los tiranos? El que vive con el demonio, y á nombre de Dios sirve á la mesa del infierno. ¿Cuál es la más desgraciada de las naciones? No la que no puede, sino la que no desea libertarse. Dije que ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica, prestaba mucho para la felicidad de la república, y lo sostengo. No creo que pueblo haya vivido en ningún tiempo vida más triste que el de Esparta: virtud montaraz, virtud selvática. Para dar la ley á la Grecia, los atenienses no necesitaron convertirse en osos del polo. Si los franceses vivieran al pie del confesor, dando de comer al diablo; si anduvieran la lengua afuera de iglesia en iglesia hartándose de pan sin levadura por la mañana, y cenando en secreto con el dios Priapo; si no osaran levantar los ojos, y su paso fuera el de tristes sombras que acarrean en el pecho un dolor incurable, el dolor de la hipocresía, que es horrible enfermedad; si los franceses fueran este pueblo, no irían con la frente radiosa, á noble paso, adelante de las naciones civilizadas, aun después de vencidos. Luis Veuillot ayuna, se confiesa y comulga, es cierto; pero aun á él ya le hicieron entregar su delantal al papa. Yo pienso que Loyola no es bueno para emperador, rey ni presidente: si está en el cielo, ¿á qué otra cosa aspira? Hablando estaba yo de los peruanos: ah, sí, este pueblo se ha ennoblecido grandemente: ni teme á invasores, ni

sufre tiranuelos; y aunque se va con Elena, se halla presente á la lista. Alcibiades adora á Marte y Cíterea. Después de un *dos de mayo*, ¿quién tan injusto que los sin-dique de cobardes (1)? Los peruanos tienen su flor en la corona de Junín: los peruanos con Miller; los argentinos con Necochea; y esta alhaja desmedida adorna las sienes de Bolívar. La batalla de Ayacucho puso fin á la guerra de la emancipación en Sud América: ¡gloria á Dios ya somos libres!

Fundadas dos naciones en el Perú, tornó Bolívar á Colombia: el reinado de los favores había concluído, principi-ó el de la ingratitud. Cuando su espada no fué necesaria vino su poder en disminución, y tanto subieron de punto la envidia y la maldad, que apenas hubo quien no acometiese á desconocerle é insultarle. Y cinco repúblicas estaban ahí declarando deber la existencia al hombre á quien con descaro inaudito llamaban monarquista los demagogos de mala fe, y tachaban de aspirar á la corona. Valor, talento, brazo fuerte y alma grande, pero ambición y tiranía: ¡aquí de Bruto! ¡aquí de Casio! Me parece estar viendo á los sacerdotes de Osiris cuando llevan al dios Apis á ahogarle con gran pompa en el Nilo, apasionados por el mismo Genio que sacrificaban. Si los españoles volvieron entonces y entraron por fuerza de armas la República, los ingratos compatriotas de Bolívar le llamaron, y él no los oyera; fueran á buscarle, y no le hallaran. Los grandes dolores propenden á la tumba; los hay tan

(1) Con pena vuelvo á recordar que estas páginas fueron escritas siete años ha. Á otros hechos otros conceptos.

fuera de medida, que con ser vastas las entrañas de ese refugio insondable, rebosan en ellas, y sus senos repiten sordamente los gemidos de los desgraciados grandes. La posteridad toma á su cargo el resarcir esos quebrantos; pero lo padecido ni la gloria lo borra. Hombres ciegos, hombres ingratos que habéis desconocido y escarnecido á vuestro libertador, si en los confines de la eternidad encontráis la sombra del padre de la patria, allí será el bajar la vista y el caer de rodillas ante ese grande espectro. Bárbaros hay todavía que escarizan sus llagas, oradando el sepulcro, escarbando sus entrañas : si el héroe lo sintiese, la eternidad temblaría á esos gemidos, como la mar temblaba á los ayes de Filoctetes. Nueva ocasión, y grande, de admirar lo avieso de la naturaleza humana; sino es que mirando cómo se extrema la ingratitud en este caso, la cólera nos gana primero que la maravilla. Semejantes á Pherón, tiran sobre los dioses, pero pierden la vista. Su espada, la del gran hijo del Nueva Mundo, como la maza de Hércules, da de sí un olor pungente que ahuyenta á los perros y las moscas : también este héroe ha sacrificado al dios Myagro. Ninguna ave siniestra se atreve á volar sobre su tumba, porque cae muerta como las que pasaban por sobre la de Aquiles. Calystenes dice que el mar de Panfilia se agachó para adorar á Alejandro : Olmedo quiere que el Chimborazo haga la propia demostración con un mosquito :

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor.

Esta cláusula tan bien rompida conviniera á la grandeza

de Bolívar, antes que al jefe hiperbóreo que pasaba caballero en un chivo á destruir los huevos de grulla. ¿Y al que saludaran humildes los montes y los mares, no hemos de venerar nosotros? « No, porque quiso hacerse rey ». Los augures anunciaron á Genucio Cipo que si entraba en Roma sería rey. Genucio torció el camino y se desterró de Roma para siempre. Bolívar hubiera hecho lo propio : un libertador no desciende á la condición de simple monarca. Este Simón de Montfort que junto con sus barones de fierro había echado los cimientos de la libertad, no podía destruirla cuando estaba fundada. La envidia es musa aleve, inspira iniquidades; ó digamos más bien, es arpía que se echa sobre la buena fama y las virtudes : ingratitud es manceba del demonio. Seamos como la estatua de Memnón que herida por los rayos del sol en el desierto, da de sí un suspiro melodioso, certificando de este modo los misterios de la luz : dejémonos herir por los destellos de la verdad, y oiremos en lo profundo del pecho un son vago, embelesante que nos haga sospechar la música del cielo. Verdad, justicia y gratitud componen un instrumento celestial, cuya armonía deleita aun á los seres inmortales.

Á orillas del Atlántico, en quinta solitaria se halla tendido un hombre en lecho casi humilde : poca gente, poco ruido. El mar da sus chasquidos estrellándose contra las peñas, ó gime como sombra cuando sus ondas se apagan en la arena. Algunos árboles oscuros alrededor de la casa parecen los dolientes; los dolientes, pues ese hombre se muere. ¿Quién es? Simón Bolívar, libertador de Colombia y del Perú. ¿Y el libertador de tantos pueblos agoniza en ese desamparo? ¿dónde los embajadores, dónde los comi-

sionados que rodeen el lecho de ese varón insigne? Ese varón insigne es proscrito á quien cualquier perdido puede quitar la vida : su patria lo ha decretado. ¡ Me siento convertir en un dios ! exclamó Vespasiano cuando rendía el aliento : Bolívar rindió el aliento y se convirtió en un dios. El espíritu que se liberta de la carne y se hunde en el abismo de la inmortalidad, se convierte en dios : abismo luminoso, glorioso, infinito : allí está Bolívar. El puñal no sube al cielo á perseguir á nadie. Murió Bolívar casi en la necesidad, rasgo indispensable á su grandeza. Manio Curio, Fabricio, Emilio Paulo murieron indigentes : Régulo, si no araba con su mano su pegujalito, no podía mantener á su familia; y Mumio nada tomó para sí de los tesoros inagotables de Corinto. Aristides, el más justo; Epaminondas, el mayor de los griegos, no dejaron con qué se los enterrase, y habían vencido reyes en pro de la libertad. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno, y mueren dejando el mundo lleno de su gloria. La codicia no es achaque de hombres grandes, puesto que la ambición no deja de inquietarlos con sus ennoblecedoras comezons : enfermedad agradable por lo que tiene de voluptuoso; temible, si no la suaviza la cordura. Si Bolívar hubiera sido naturalmente ambicioso, su juicio recto, su pulso admirable, su magnanimidad incorrupta le hubieran hecho volver el pensamiento á cosas de más tomo que una ruín corona, la cual, con ser ruín, le habría despedazado la cabeza. Rey es cualquier hijo de la fortuna; conquistador es cualquier fuerte; libertadores son los enviados de la Providencia. Tanto vale un hombre superior y bien intencionado, que no conocerle es desgracia; combatirle conociéndole, mali-

cia imperdonable. Los enemigos de Bolívar desaparecen de día en día sin dejar herederos de sus odios : dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama, ungido por los siglos.

NAPOLEÓN Y BOLÍVAR

Estos dos hombres son, sin duda, los más notables de nuestros tiempos en lo que mira á la guerra y la política, unos en el genio, diferentes en los fines, cuyo paralelo no podemos hacer sino por disparidad. Napoleón salió del seno de la tempestad, se apoderó de ella, y revistiéndose de su fuerza le dió tal sacudida al mundo, que hasta ahora lo tiene estremecido. Dios hecho hombre, fué omnipotente; pero como su encargo no era la redención sino la servidumbre, Napoleón fué el dios de los abismos que corrió la tierra deslumbrando con sus siniestros resplandores. Satanás, echado al mar por el Todopoderoso, nadó cuarenta días en medio de las tinieblas en que gemía el universo, y al cabo de ellos ganó el monte Cabet, y en voz terrible se puso á desafiar á los ángeles. Esta es la figura de Napoleón : va rompiendo por las olas del mundo, y al fin sale, y en una alta cumbre desafía á las potestades del cielo y de la tierra. Emperador, rey de reyes, dueño de pueblos, ¿ qué es, quién es ese ser maravilloso ? Si el género humano hubiera mostrado menos cuanto puede acercarse á los entes supe-

riores, por la inteligencia con Platón, por el conocimiento de lo desconocido con Newton, por la inocencia con San Bruno, por la caridad con San Carlos Borromeo, podríamos decir que nacen de tiempo en tiempo hombres imperfectos por exceso, que por sus facultades atropellan el círculo donde giran sus semejantes. En Napoleón hay algo más que en los otros, algo más que en todos : un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en el seno, ¿qué de más hay en esta naturaleza rara y admirable? « Mortal, demonio ó ángel », se le mira con uno como terror supersticioso, terror dulcificado por una admiración gratísima, tomada el alma de ese afecto inexplicable que causa lo extraordinario. Comparece en medio de un trastorno cual nunca se ha visto otro; le echa mano á la revolución, la ahoga á sus pies; se tira sobre el carro de la guerra, y vuela por el mundo, desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Moscovia. Los reyes dan diente con diente, pálidos, medio muertos; los reinos crujen y se desbaratan; las naciones alzan el rostro, miran espantadas al gigante y doblan la rodilla. ¿Quién es? ¿de dónde viene? Artista prodigioso, ha refundido cien coronas en una sola, y se echa á las sienes esta descomunal presea; y no muestra flaquear su cuello, y pisa firme, y alarga el paso, y poniendo el un pie en un reino, el otro en otro reino, pasa sobre el mundo, dejándolos marcados con su planta como á otros tantos esclavos. ¿Qué parangón entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardía en la cabeza de uno y otro, activo, puro, vasto, atizándolo á la continua esa vestal invisible que la Providencia destina á ese hogar sagrado : el corazón era

en uno y otro de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo : en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del rey de Argós, ese que relampaguea como un Genio sobre las murallas de Erix : uno y otro formados de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa que la del globo de los mortales : ¿en qué se diferencian? En que el uno se dedicó á destruir naciones, el otro á formarlas; el uno á cautivar pueblos, el otro á libertarlos : son los dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroísmo. Napoleón es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando al universo : vese humear todavía el horizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba envuelta en su encendida cabellera. Bolívar es astro bienhechor que destruye con su fuego á los tiranos, é infunde vida á los pueblos, muertos en la servidumbre : el yugo es tumba; los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.

Napoleón surge del hervidero espantoso que se estaba tragando á los monarcas, los grandes, las clases opresoras; acaba con los efectos y las causas, lo allana todo para sí, y se declara él mismo opresor de opresores y oprimidos. Bolívar, otro que tal, nace del seno de una revolución cuyo objeto era dar al través con los tiranos y proclamar los derechos del hombre en un vasto continente : vencen entrambos : el uno continúa el régimen antiguo, el otro vuelve realidades sus grandes y justas intenciones. Estos hombres tan semejantes en la organización y el temperamento, difieren en los fines, siendo una misma la ocupación de toda su vida: la guerra. En la muerte vienen tam-

bién á parecerse : Napoleón encadenado en medio de los mares; Bolívar á orillas del mar, proscrito y solitario. ¿Qué conexiones misteriosas reinan entre este elemento sublime y los varones grandes? Parece que en sus vastas entrañas buscan el sepulcro, á él se acercan, en sus orillas mueren : la tumba de Aquiles se hallaba en la isla de Ponto. Sea de esto lo que fuere, la obra de Napoleón está destruída; la de Bolívar prospera. Si el que hace cosas grandes y buenas es superior al que hace cosas grandes y malas, Bolívar es superior á Napoleón; si el que corona empresas grandes y perpetuas es superior al que corona empresas grandes, pero efímeras, Bolívar es superior á Napoleón. Mas como no sean las virtudes y sus fines los que causan maravilla primero que el crimen y sus obras, no seré yo el incauto que venga á llamar ahora hombre más grande al americano que al europeo : una inmensa carcajada me abrumbaaría, la carcajada de Rabelais que se ríe por boca de Gargantúa, la risa del desdén y la fisga. Sea porque el nombre de Bonaparte lleva consigo cierto misterio que cautiva la imaginación ; sea porque el escenario en que representaba ese trágico portentoso era más vasto y esplendente, y su concurso aplaudía con más estrépito; sea, en fin, porque prevaleciese por la inteligencia y las pasiones girasen más á lo grande en ese vasto pecho, la verdad es que Napoleón se muestra á los ojos del mundo con estatura superior y más airoso continente que Bolívar. Los siglos pueden reducir á un nivel á estos dos hijos de la tierra, que en una como demencia acometieron á poner monte sobre monte para escalar el Olimpo. El uno, el más audaz, fué herido por los dioses, y rodó al abismo de los mares; el otro, el más feliz,

coronó su obra, y habiéndolos vencido se alió con ellos y fundó la libertad del Nuevo Mundo. En diez siglos Bolívar crecerá lo necesario para ponerse hombro á hombro con el espectro que arrancando de la tierra hiere con la cabeza la bóveda celeste.

¿Cómo sucede que Napoleón sea conocido por cuantos son los pueblos, y su nombre resuena lo mismo en las naciones civilizadas de Europa y América, que en los desiertos del Asia, cuando la fama de Bolívar apenas está llegando sobre ala débil á las márgenes del viejo mundo? Indignación y pesadumbre causa ver cómo en las naciones más ilustradas y que se precian de saberlo todo, el libertador de la América del Sur no es conocido sino por los hombres que nada ignoran, donde la mayor parte de los europeos oye con extrañeza pronunciar el nombre de Bolívar. Esta injusticia, esta desgracia provienen de que con el poder de España cayó su lengua en Europa, y nadie la lee ni cultiva sino son los sabios y los literatos políglotas. La lengua de Castilla, esa en que Carlos Quinto daba sus órdenes al mundo; la lengua de Castilla, esa que traducían Corneille y Molière; la lengua de Castilla, esa en que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra, es en el día asunto de pura curiosidad para los anticuarios : se la descifra, bien como una medalla romana encontrada entre los escombros de una ciudad en ruina. ¿Cuándo volverá el reinado de la reina de las lenguas? Cuando España vuelva á ser la señora del mundo; cuando de otra obscura Alcalá de Henares salga otro Miguel de Cervantes : cosas difíciles, por no decir del todo inverosímiles. Lamartine, que no sabía el español ni el portugués, no vacila en dar la

preferencia al habla de Camoens, llevado más del prestigio del poeta lusitano que de la ley de la justicia. La lengua en que debemos hablar con Dios, ¿á cuál sería inferior? Pero no entienden el castellano en Europa, cuando no hay galopín que no lea el francés, ni buhonero que no profese la lengua de los pájaros. Las lenguas de los pueblos suben ó bajan con sus armas : si el imperio alemán se consolida y extiende sus raíces allende los mares, la francesa quedará velada y llorará como la estatua de Niobe. No es maravilla que el renombre de un héroe sudamericano halle tanta resistencia para romper por medio del ruido europeo.

Otra razón para esta obscuridad, y no menor, es que nuestros pueblos en la infancia no han dado todavía de sí los grandes ingenios, los consumados escritores que con su pluma de águila cortada en largo tajo rasgúan las proezas de los héroes y ensalzan sus virtudes, elevándolos con su soplo divino hasta las regiones inmortales. Napoleón no sería tan grande, si Chateaubriand no hubiera tomado sobre sí el alzarle hasta el Olimpo con sus injurias altamente poéticas y resonantes; si de Stael no hubiera hecho gemir al mundo con sus quejas, llorando la servidumbre de su patria y su propio destierro; si Manzoni no le hubiera erigido un trono con su oda maravillosa; si Byron no le hubiera hecho andar tras Julio César como gigante ciego que va tambaleando tras un dios; si Víctor Hugo no le hubiera ungido con el aceite encantado que este mágico celestial extrae por ensalmo del haya y del roble, del mirto y del laurel al propio tiempo; si Lamartine no hubiera convertido en rugido de león y en gritos de águila su tierno arrullo de paloma, cuando hablaba de

su terrible compatriota; si tantos historiadores, oradores y poetas no hubieran hecho suyo el volver Júpiter tonante á su gran tirano, ese Satanás divino que los obliga á la temerosa adoración con que le honran y engrandecen.

No se descuidan, desde luego, los hispanoamericanos de las cosas de su patria, ni sus varones ínclitos han caído en el olvido por falta de memoria. Restrepo y Larrazábal han tomado á pechos el transmitir á la posteridad las obras de Bolívar y más próceres de la emancipación; y un escritor eminente, benemérito de la lengua hispana, Baralt, imprime las hazañas de esos héroes en cláusulas rompidas á la grandiosa manera de Cornelio Tácito, donde la numerosidad y armonía del lenguaje dan fuerza á la expresión de sus nobles pensamientos y los acendrados sentimientos de su ánimo. Restrepo y Larrazábal, autores de nota en los cuales sobresalen el mérito de la diligencia y el amor con que han recogido los recuerdos que deben ser para nosotros un caudal sagrado; Baralt, pintor egregio, maestro de la lengua, ha sido más conciso, y tan solo á brochazos á bulto nos ha hecho su gran cuadro. Yo quisiera uno que en lugar de decirnos : « El 1.º de junio se aproximó Bolívar á Carúpano », le tomase en lo alto del espacio, *in pride of place*, como hubiera dicho Childe Harold, y nos le mostrase allí contoneándose en su vuelo sublime. Pero la musa de Chateaubriand anda dando su vuelta por el mundo de los dioses, y no hay todavía indicios de que venga á glorificar nuestra pobre morada.

WASHINGTON Y BOLÍVAR

El renombre de Wáshington no finca tanto en sus proezas militares, cuanto en el éxito mismo de la obra que llevó adelante y consumó con tanta felicidad como buen juicio. El de Bolívar trae consigo el ruido de las armas, y á los resplandores que despide esa figura radiosa vemos caer y huir y desvanecerse los espectros de la tiranía : suenan los clarines, relinchan los caballos, todo es guerrero estruendo en torno al héroe hispanoamericano : Wáshington se presenta á la memoria y la imaginación como gran ciudadano antes que como gran guerrero, como filósofo antes que como general. Wáshington estuviera muy bien en el senado romano al lado del viejo Papirio Cúrsor, y en siendo monarca antiguo, fuera Augusto, ese varón sereno y reposado que gusta de sentarse en medio de Horacio y Virgilio, en tanto que las naciones todas giran reverentes alrededor de su trono. Entre Wáshington y Bolívar hay de común la identidad de fines, siendo así que el anhelo de cada uno se cifra en la libertad de un pueblo y el establecimiento de la democracia. En las dificultades sin medida que el uno tuvo que vencer, y la holgura con que el otro vió coronarse su obra, ahí está la diferencia de esos dos varones perillustres, ahí la superioridad del uno sobre el otro. Bolívar, en varias épocas de la guerra, no contó con el menor recurso, ni sabía dónde ir á buscarlo : su amor inapeable hacia la patria; ese punto de honra subido que

obraba en su pecho; esa imaginación fecunda, esa voluntad soberana, esa actividad prodigiosa que constituían su carácter, le inspiraban la sabiduría de hacer factible lo imposible, le comunicaban el poder de tornar de la nada al centro del mundo real. Caudillo inspirado por la Providencia, hiere la roca con su varilla de virtudes, y un torrente de agua cristalina brota murmurando afuera; pisa con intención, y la tierra se puebla de numerosos combatientes, esos que la patrona de los pueblos oprimidos envía sin que sepamos de dónde. Los americanos del Norte eran de suyo ricos, civilizados y pudientes aun antes de su emancipación de la madre Inglaterra : en faltando su caudillo, cien Wáshingtons se hubieran presentado al instante á llenar ese vacío, y no con desventaja. Á Wáshington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos : Jéfferson, Mádisson, varones de alto y profundo consejo ; Franklin, genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que arranca el cetro á los tiranos, arranca el rayo á las nubes *Eripui celo fulmen sceptrumque tyrannis*. Y éstos y todos los demás, cuán grandes eran y cuán numerosos se contaban, eran unos en la causa, rivales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas, y destruyó el poder británico. Bolívar tuvo que domar á sus tenientes, que combatir y vencer á sus propios compatriotas, que luchar con mil elementos conjurados contra él y la independencia, al paso que batallaba con las huestes españolas y las vencía ó era vencido. La obra de Bolívar es más ardua, y por el mismo caso más meritoria.

Wáshington se presenta más respetable y majestuoso

á la contemplación del mundo, Bolívar más alto y resplandeciente : Wáshington fundó una república que ha venido á ser después de poco una de las mayores naciones de la tierra; Bolívar fundó asimismo una gran nación, pero, menos feliz que su hermano primogénito, la vió desmoronarse, y aunque no destruída su obra, por lo menos desfigurada y apocada. Los sucesores de Wáshington, grandes ciudadanos, filósofos y políticos, jamás pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un jirón de púrpura sobre sus cicatrices; los compañeros de Bolívar todos acometieron á degollar á la real Colombia y tomar para sí la mayor presa posible, locos de ambición y tiranía. En tiempo de los dioses Saturno devoraba á sus hijos; nosotros hemos visto y estamos viendo á ciertos hijos devorar á su madre. Si Páez, á cuya memoria debemos el más profundo respeto, no tuviera su parte en este crimen, ya estaba yo aparejado para hacer una terrible comparación tocante á esos asociados del parricidio que nos destruyeron nuestra grande patria; y como había además que mentar á un gusanillo y rememorar el triste fin del héroe de Ayacucho, del héroe de la guerra y las virtudes, vuelvo á mi asunto ahogando en el pecho esta dolorosa indignación mía. Wáshington, menos ambicioso, pero menos magnánimo; más modesto, pero menos elevado que Bolívar. Wáshington, concluída su obra, acepta los casi humildes presentes de sus compatriotas; Bolívar rehusa los millones ofrecidos por la nación peruana : Wáshington rehusa el tercer período presidencial de los Estados Unidos, y cual un patriarca se retira á vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por

el pueblo, amado por sus amigos : enemigos, no los tuvo, ¡ hombre raro y feliz ! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y ésta de fuente impura, viene á molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino el resplandor que circunda al mayor de los sudamericanos. Wáshington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos.
